



**EL DAÑO QUE PUEDE HACER
UNA LUCUBRACION INCONSCIENTE
A LA MEMORIA DEL EMPERADOR CARLOS V**

Por VICENTE DE CADENAS Y VICENT

Lucubrar es según nuestro Diccionario en su 2.^a acepción «imaginar sin mucho fundamento».

Inconsciente es «el estado o proceso mental en que el sujeto no tiene conciencia».

Conciencia es en su 2.^a «Conocimiento interior del bien y del mal» y 3.^a «Conocimiento exacto y reflexivo de las cosas».

Ninguna de las dos últimas situaciones las reunió don Manuel Fernández Alvarez, cuando sin fundamento alguno, únicamente por una suposición mal deducida, tomada de dos documentos, atribuye una hija, indudablemente incestuosa por haberla tenido en su abuelastra doña Germana de Foix, viuda del Rey Don Fernando el Católico, al nieto de éste y nietastro suyo Carlos I de España cuando lo que tenía y tiene que hacer, antes de lanzar semejante exabrupto, es demostrar la presencia de esa llamada «Infanta de Castilla», «Isabel» en la Corte Imperial y de donde procedía, pues coetánea en nombre, pero distinta en procedencia, existe otra Isabel, infanta, pero de Nápoles y hermana del Duque de Calabria, hijo del que fue último Rey de Nápoles.



VICENTE DE CADENAS Y VICENT

El daño que ha hecho el Académico de la Historia es imprevisible, por proceder de donde procede y que se está ya tomando como cierto y verdadero, casi como artículo de fe, por unos cuantos inconscientes que, por proceder de Fernández Alvarez, les resulta indudable esa ligereza proferida por uno, sin duda, de los mejores historiadores del Emperador y biógrafo de todos los tiempos de éste, pero obcecado en una precipitada deducción sin fundamento y que su orgullo, soberbia e inmodestia le impiden rectificar.

Por desgracia ya no sólo lo están copiando otros que sobre Carlos V escriben con mayor o menor fortuna y más o menos conocimiento de su vida, pero es que ahora, en la Revista «HISTORIA», número 15 de enero del año 2000 en la que se dedican varios artículos de mejor o peor fortuna al César, en uno de ellos que corresponde a Ricardo García Carcel, entre las páginas del artículo, pero en un recuadro, lo que crea confusión de si corresponde al autor del mismo o no, de manera por ello muy destacada aparece bajo el título de «Germana de Foix: la mano más cotizada del Reino» y dentro en uno de sus parrafillos lo siguiente:

«Por indicación de Carlos, casó en 1518 con su partidario, el marqués de Brandeburgo. Durante este matrimonio —según Fernández Alvarez— mantuvo relaciones con el joven Carlos, del que habría tenido una hija de nombre Isabel.»

En verdad que el insigne historiador Fernández Alvarez jamás ha dicho semejante atrocidad; siempre se ha limitado, eso sí, sin demostrarlo como tendría que haber hecho, a decir que tuvo una hija, pero es que lo ahora citado corresponde al Catedrático de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Barcelona, y no sólo confunde la lucubración de don Manuel, sino que la perfecciona, haciendo cornudo al pobre Juan de Brandeburgo, ramera a doña Germana y no quiero aplicar, porque me sonroja la palabra con que se tendría que calificar a Carlos V.

La hija, esa pobre «infanta de Castilla», «Isabel» además de ser incestuosa, sería adulterina; la madre zurrón, el padre un



cabrón y don Carlos..., demasiado invento sobre algo que en principio Fernández Alvarez adjudica a doña Regina Pinilla, la cual niega rotundamente que, en su tesis, dijera la lucubración de don Manuel y ello parece ser completamente cierto, pues en el libro que recoge la tesis de doña Regina; «Germana de Foix y Valencia», nada se dice de ello.

La calumnia, por deducción, sin fundamento documental alguno, se va extendiendo, como la marea negra de los petroleros hundidos, con consecuencias, como los de ésta: imprevisibles.

Además de averiguar en Simancas, que es donde se encuentran depositados estos documentos que contienen los nombres de los componentes de la Corte Imperial y principalmente de la Emperatriz Isabel, detenerse por el itinerario de doña Germana que, desde Valladolid a Barcelona, fue el mismo que el del Rey Carlos I, resultaría difícil, durante él, disimular un parto, al igual que si lo hubiese sido en Zaragoza o a su llegada a Barcelona donde contrae matrimonio el 11 de marzo, pero de 1519 con Juan de Brandeburgo y desde luego, se puede afirmar que éstos no tienen hijos; así que doña Germana desde noviembre de 1517 fecha en que conoció a su nietastro y en el supuesto que quedara embarazada, no pudo dar el fruto hasta agosto-septiembre de 1518 ya que en marzo de 1519 se casa y la «niña» hubiese tenido padre, sino el biológico sí el documental. Durante el viaje hasta Zaragoza resulta imposible. A esta Ciudad llega el 9 de mayo de 1518 y permanece hasta el 24 de enero de 1519 y en ningún documento o indiscreción consta que doña Germana estuviere preñada o pariera; el 15 de febrero llega a Barcelona y, como se ha dicho, el 11 de marzo contrae segundas nupcias con Juan de Brandeburgo.

Lástima que a Lorenzo Vital, Cronista del Duque de Borgoña, lo enviara éste desde Aranda, con su hermano Fernando a los Países Bajos, pues, de haber continuado con él ya Rey de Castilla, algo habría dejado insinuado en sus crónicas.

Algo que es lo más cierto, lo deja en su crónica Vital cuando escribe: «...Después se fue a besar y saludar a las damas y doncellas, entre las cuales las había muy hermosas, por lo cual



VICENTE DE CADENAS Y VICENT

parecía que bien valía la pena recibir el beso de muchas de las cuales estaban allí; y parece no perdió su trabajo, pues enseguida oí decir que había conquistado y seducido a una dama por amor, en honor de la cual se hicieron después prodigios de armas y otras agradables diversiones...»

Ahí sí, que, entre alguna de ellas que además hablase el francés, «pinchó», como ahora se dice, Carlos I, pero esta aventura y su resultado están cubiertos de niebla.

El quinto centenario del nacimiento del emperador se va a transformar en el del escándalo por una precipitada suposición que, de haber sido reflexionada, como merece y es necesario hacer con todo documento histórico, uno de sus más devotos historiadores e indudablemente entre los mejores de todos los tiempos, no hubiese metido la pata hasta el corvejón.

